

Aunque resulte poco adecuado inventar una nueva homogeneidad «generacional», en las conferencias y entrevistas publicadas, se transmite la imagen de un conjunto de escritores –llámese generación, grupo, Nuevos–, unidos entre sí y dotados de espíritu de grupo. Aparte de la obvia retórica de la publicidad, que necesita eslóganes y «movimientos», domina la primera persona plural cuando algún «nuevo narrador» se pronuncia acerca de su literatura (Mora, Jiménez-Trejo). El lanzamiento está acompañado de un discurso paratextual que eleva la moda comercial a un nivel metaliterario. Es precisamente la insistencia en la autonomía literaria y la subjetividad de cada obra, lo que constituye un discurso común. Dicha universalización de la diversidad se postula también a otro nivel, el de la identidad cultural.

Denominador común de todos los acontecimientos y declaraciones mencionadas, es la afirmación de una desterritorialización o desnacionalización de la obra y del escritor. Varios protagonistas de la vida literaria suelen rechazar la categorización de nacional para su literatura. Por ejemplo, el barcelonés Enrique Vila-Matas hace alabanza del principio de internacionalidad del escritor, y se siente afín a la «caravana de excéntricos» –en el doble sentido atribuido por Carlos Fuentes– autores latinoamericanos, entre los cuales cita a Roberto Bolaño, César Aira o Mayra Montero, junto a escritores *McOndo* como Jaime Bayly, Juan Forn o Rodrigo Fresán (Vila-Matas). Por cierto que el editor de Lengua de Trapo, José Huerta, interesado en encontrar una literatura accesible al lector español, afirma que no hay una marcada identidad nacional ni regional en los textos publicados en su editorial (Jiménez-Trejo); convicción que lleva a otra editorial a encargar, a cinco escritores de lengua española (Sepúlveda, Fajardo, Sarabia, Atxaga, Gamboa), un cuento para la antología *Cuentos apátridas* (Barcelona, Ediciones B, 1999). Se reclama, por lo tanto, la noción de una «república mundial de las letras» cuyas relaciones analiza Pascale Casanova, o de una descentralizada «geografía de novela» que define Carlos Fuentes como «narración de la diversidad, pero confluyendo, sólo así, en un mundo único» (Fuentes, p. 218).

Dentro de esta geografía, no obstante, algunas posiciones sí identifican un espacio común. Si por un lado se insiste en la superación de un concepto de literatura nacional del escritor apátrida, por el otro se observa la integración en una comunidad lingüística, definida por el idioma español, que no sólo traspasa las fronteras interamericanas, sino también el Atlántico en dirección a la Península Ibérica. De esta manera, Roberto Bolaño sostiene que «la patria del escritor es su lengua», («Bolaño») mientras que una de las conferencias en el *Salón Iberoamericano* versa sobre «el territorio común de la literatura de las dos orillas». También el prólogo de Fuguet/Gómez intenta

trazar un espacio común de la literatura joven, al definir un ámbito de «Hispanoamérica (España y todo el USA latino)» (*McOndo*, p. 15) y al incluir a tres autores españoles en su antología. Otros ejemplos subrayan este discurso, como el de la editorial Seix Barral, que incluye en su catálogo reciente una ponencia de la catalana Nuria Amat, quien subraya la apropiación del español latinoamericano como base de la formación de un idioma literario propio (Amat). Finalmente, sería interesante conocer «los comentarios sobre el momento actual de las relaciones con España», expresados por los narradores de las *Líneas Aéreas*, a las cuales alude Eduardo Becerra en su prólogo (*Líneas*, p. xiv).

Tales reivindicaciones se formulan en correlación con el empeño común de superar fronteras mercantiles. Queda patente la vinculación con la proyección transnacional de ciertas empresas editoriales, las cuales, a la búsqueda del producto vendible en todos los mercados correspondientes, vuelven la mirada hacia autores latinoamericanos. De esta manera, las colecciones de Alfaguara se empeñan en reunir indistintamente textos escritos en lengua española bajo el denominador común de «literatura iberoamericana». En su página *web*, la editorial define su «gran apuesta iberoamericana» como «la superación de las fronteras impuestas a la lengua común [...] [para] que fluya con potencia y libertad la corriente de alta tensión de creatividad literaria entre los escritores y los lectores del mundo hispánico.» Citamos al antiguo editor de Alfaguara, Juan Cruz, en cuyas palabras se resume toda una homogeneidad de intereses entre los actores culturales:

Creo firmemente en las posibilidades de unificar, desde el punto de vista editorial y comercial, el mercado común del español. Nuestro universo editorial no será nada si no hacemos realidad el hecho de que somos una sola lengua y si no tomamos conciencia de que los lectores de cualquier confín de esa lengua son lectores potenciales de todo lo que se cree en ella, sobre todo en el ámbito de la ficción. [...] Creo que ya es hora de que los poderes culturales, políticos, económicos y en particular, editoriales, sean conscientes de esa posibilidad, que se da una o dos veces cada siglo [...] (Cruz, p. 19).

En esta cita, se dibuja otra perspectiva añadida: la inscripción en un proyecto «iberoamericano» que comprenda todas las instituciones implicadas en política cultural y que responda al complejo fenómeno cultural, económico y social que se conoce como globalización.

En el contexto político español, el lanzamiento literario-editorial coincide con el renacimiento de *un* discurso de identidad que, entre los polos de